

se le nombrara Presidente de la República, viendo así coronado el éxito de sus pronunciamientos.

Rápidamente hemos reseñado esos sucesos para dar principio á la historia en los puntos mas salientes de nuestro funesto personaje.

CAPITULO XIV.

TEMPESTADES DOMESTICAS.

La bellísima Esperanza, tan alegre, tan bulliciosa, tan fresca, tan sonrosada, que era antes la alegría en la corte de la emperatriz y el encanto de su casa, no solo por su buen humor y sus agudezas, sino por los mimos con que trataba á sus padres y aun á los sirvientes, ahora estaba triste: se le veían desaparecer los vivos colores de sus mejillas, así como el fulgor de sus miradas, pareciendo marchitarse sus ojos con sus lágrimas y su frente con los pesares, lo mismo que se echaba mucho de menos su animación y su carácter festivo, porque ya muy poco salía de su alcoba, en donde se pasaba encerrada las horas enteras, quizás llorando, quizás entregada á los pensamientos mas melancólicos. La primera que se fijó naturalmente en que su hija comenzaba á desmejorarse, y que su genio alegre se había tornado en taciturno y meditabundo, fué su madre Doña Ana que dijo á Don Ramon en una noche de aquellas:

—Nuestra Esperanza se nos muere si sigue con esa vida que lleva.

—Ya, ya cambiaré de vida, ahora que por necesidad tengamos que salir de este país de donde vamos á ser expulsados.

—¡Expulsados! exclamó Doña Ana, olvidando por un momento la causa de Esperanza que se proponía defender ante su marido, ¿será posible que se hagan caso á los disparates del loco Doñ Antonio Santa Anna?

—Como ha triunfado el plan de Perote, tiene que decretarse conforme á él una nueva expulsión de españoles que comprenderá á todos los que nos habíamos escapado de la primera.

—Quiere decir entonces, que si la niña no se nos muere aquí, se nos morirá en el mar!

—Y es lo peor de todo, continuó diciendo Don Ramón, dando siempre señales de su mal humor, que si antes era muy difícil tener inteligencia alguna con la familia Guzman, ahora que parece está unida con los demagogos es de todo punto imposible, porque ahora nos querrian tratar á latigazos.

—Es llevar muy lejos las pasiones, hombre de Dios.

—Sí, ¡hombre de Dios! y tu eras siempre la que mostrabas mas altivez y mas intransigencia contra esa familia que siempre nos ha vencido con sus influencias y con su dinero.

—No niego que me inspiraron algun desprecio esas gentes por su sangre, sin que tuviera ninguna envidia á sus riquezas, porque nosotros no somos pobres;

pero cuando se trata de la vida de nuestra Esperanza, hay que pensar en la posibilidad de alguna transacción, ya que la buscan.

—No hay ninguna, no puede haberla. En primer lugar nos odiamos de muerte, y en segundo lugar tenemos que odiarnos mas desde que traicionando ellos á los iturbidistas se han aliado á los descamisados que son los que decretan á cada momento medidas atroces contra los peninsulares.

—¿Quieres que mande llamar á Esperanza?

—Me es igual, no he de ceder aunque la vea morir.

Doña Ana creyó que Don Ramon se ablandaria un poco viendo la actitud triste de Esperanza y siempre la mandó llamar.

Esperanza se presentó vestida con negligencia, dibujándose en su semblante mas bien los tintes del terror que los de la melancolía. ¿Sobre qué irian á interrogarla? Aquel llamamiento tan inesperado la habia hecho temblar. ¿Qué habrian descubierto sus padres? ¿qué les habrian contado? Lo primero que hizo al llegar fué dirigirles una mirada inquieta.

Doña Ana fué la primera que rompió el silencio, diciéndole:

—Te hemos mandado llamar para hacerte saber que muy pronto tenemos que salir para España en virtud del nuevo decreto que va á darse ó se ha dado para la completa expulsión de los españoles.....

No habia acabado de hablar Doña Ana, cuando

Esperanza rompió á llorar: aquellas palabras habian ido á clavarse como otros tantos cuchillos en su corazon. Aquella, interrumpiéndose, la atrajo hácia sí cariñosamente agregando:

—Ven á los brazos de tu madre, ¿qué es lo que tienes, hija mia?

Don Ramon volvió á otro lado la cara para que no vieran que se conmovia un poco.

Esperanza en medio de sollozos dijo estas palabras imprudentes arrancadas por el dolor:

—Yo no puedo salir de aquí... ¡eso es imposible!

—¡Imposible has dicho! exclamó don Ramon levantándose.

La jóven empezó á llorar y á temblar sin poder añadir palabra.

—Debes comprender, le dijo entonces Doña Ana, que tu conducta es incomprensible, ¿por qué dices que tu no puedes salir de aquí aunque se vayan tus padres? ¿qué enigma ocultas con esas palabras? ¿Quién podrá tener mas imperio sobre tí que nosotros?

—¡Madre mía! ¡madre mía! dijo apenas Esperanza, siempre llorando, y cayendo á la vez de rodillas.

—Pero ¿qué es esto? ¿qué quiere decir esto...? Esa actitud, ¿significa que pides perdón de alguna falta ó que nos diriges una súplica...?

—¡Madre mía...!

—Buena: acaba de llorar, serénate, siéntate y hablemos con toda franqueza. Dime lo que piensas, lo que deseas...

Don Ramon en tanto estaba paseándose á lo largo de la sala. En esto se detuvo ante las dos mujeres y cruzándose de brazos, dijo con tono que quiso hacer dulce, pero que denunciaba su exasperacion:

—Ahora podrá decirnos ya esta criatura en qué se apoya para afirmar que no ha de salir de aquí tambien desterrada como nosotros?

—No sé lo que dije... suspiró Esperanza.

—Te lo repetiré. Has dicho: "yo no puedo salir de aquí, eso es imposible!" Ahora nosotros queremos que nos des la explicacion de esas palabras.

Esperanza que comprendió que lo primero que tenia que hacer era salvarse de pronto, sacando fuerzas de flaqueza, exclamó á la vez que se cubria la cara con las manos:

—Dije eso por Ricardo... solo por Ricardo... porque cada dia se agotan mas mis fuerzas.

La explicacion era hasta cierto punto satisfactoria y ambos esposos se dirigieron una mirada de inteligencia. Despues que Don Ramon hubo dado otros paseos por la estancia, se detuvo y dijo imperiosamente:

—Pues bien, yo te ordeno que deseches esos pensamientos por dos razones que ya conoces: una, porque es imposible que entres al seno de una familia que nos aborrece tanto como nosotros la aborrecemos, y la otra porque tienes que seguir á tu padre que va á ser arrojado de esta nacion muy pronto.

—¡Padre...! ¡mi amado padre miol exclamó Espe-

ranza otra vez cayendo de rodillas y enclavijando las manos, todos ceden y solo usted es el que permanece inflexible. Esas gentes no nos odian, yo lo sé bien: yo sé que se manifiestan deseosas de una reconciliación; y..... no me atrevo á decir otra cosa....

—¿Qué cosa? preguntó Don Ramon, casi echando espumarajos de rabia.

—Que su amistad nos protegerá contra el gobierno..... por eso ha entrado á servirle Ricardo..... solo por eso.

—No me nombres á ese traidor....

—¡Padre mio....!

—¡Silencio,....! Todo acabó ya por mi parte.

Se salió de allí á largos pasos diciendo palabras incoherentes y Esperanza se cayó sobre la alfombra desplomada.

Habian transcurrido cinco meses desde las últimas entrevistas nocturnas que habian sellado la felicidad de los dos amantes. Sólo de cuando en cuando habian logrado verse venciendo grandes dificultades. Ricardo habia entrado al servicio militar y con motivo de una campaña habia estado ausente los dos últimos dos meses, que era cuando Esperanza se habia demejorado más con los sufrimientos, pues veía con temor que se aproximaba el momento en que todo tenia que descubrirse, porque llevaba el fruto de su amor en las entrañas. ¡Qué situación tan terrible para ella, no sólo por su crédito que iba á verse perdido ante la sociedad, sino más aun, por las terribles con-

secuencias que su conducta le traería cuando de ella se enteraran sus padres! A nadie podia confiarle un secreto de tanta responsabilidad, ni á su mismo confesor, al cual habia tenido tambien que ocultarle su delito. No tenia más en el mundo que Ricardo, al cual no encontraba tampoco la forma de confiarle el secreto de que él era cómplice.....¿No sería fácil que él al saberlo se asustara, ó que se entibiara su afecto y le volviera también las espaldas? ¿Y cómo haría para que lo supiera?

¡Con qué ansia! pero á la vez, ¡con qué temor! lo esperaba aquella noche. Ignorándose en su casa que habia llegado á México se ejercia menos vigilancia sobre ella que también se habia sorprendido, recibiendo un papel en que le daba una cita para las doce de la noche. Ella tenia ya desde antes oculta una escala de cuerda que habia de arrojarle cuando Ricardo le hiciera cierta contraseña.

Llegó el momento.

Recobró algunas fuerzas que le habian abandonado y las tuvo para echarle la cuerda luego que se anunció con la seña convenida.

Segundos después caía desvanecida en sus brazos.

No necesitó ella explicarse cuando volvió en sí, Ricardo todo lo habia comprendido.

—No te abandones á las penas, la dijo lleno de noble resolución, los momentos son preciosos y debes ante todo pensar en la manera de salvarte.

—No hay otra más que morir, Ricardo, sólo que-
ría verte por la última vez y decirte adiós.

—Pobre Esperanza mía! Tú que eras tan valiente, que cobarde te has vuelto!

—Y mi honra, Ricardo! Y la cólera de mi padre!

—Huyamos de aquí si temes á la cólera de tu padre.

—¡Oh! ¿huír?... ya lo he pensado, pero mi madre se moriría de dolor y entonces no podrias tú presentar ante la sociedad á una mujer digna y honrada.

—Y á mí la sociedad, ¿qué me importa?

—Sí te importa, Ricardo; te importa más que todo, tu familia.

En esta no había pensado Ricardo y se quedó meditabundo.

A poco dijo con desaliento:

—Y el caso es que viene á complicar más nuestra situación el decreto contra los españoles.

—Yo para nada tengo ya valor más que para morir, exclamó la jóven desolada.

—¿Morir tú, alma mía, y por mí? ¡Nunca!

La estrechó en sus brazos con pasión y dijo animosamente:

—Lo primero que tengo que hacer es conseguir que no se vea el nombre de tu padre en la lista de los expulsados, y lo conseguiré.

La joven respiró.

—Después de esto hay que confesárselo todo á tu madre. Ella nos salvará.

Esperanza se puso lívida y se sintió desfallecer.

La dejó que se serenara y continuó diciéndole á la vez que la cubría de besos.

—Reflexiona bien que no tenemos más que dos caminos: ó la huída con todos sus inconvenientes ó la confesión con la perspectiva de salvarnos.

—Queda el de la muerte, agregó Esperanza con voz sombría.

—La muerte no, somos jóvenes y podemos y debemos ser felices. Aparta de tu imaginación esa idea espantosa que me hace perder el valor.

—Y lo tendré yo para hablar á mi madre?

—Pues si tú no la hablas, me obligarás á que yo lo haga.

—¡Oh! eso nunca! Exponerte á otra humillacion? Yo he sido la culpable, yo debo sufrir sola todas las consecuencias.

Antes de despedirse Ricardo de Esperanza, le reiteró sus ofracimientos de emplear todas sus relaciones é influencias para impedir que su familia quedase comprendida en la expulsion, pero de modo que jamás se supiera que á él se debía tal servicio, y además le dijo:

—Si por desgracia la señora doña Ana te trata con dureza ó de cualquiera modo te ofende, mis brazos están listos para recibirte y mi familia no te cerrará los suyos y aun creo que te acompañará á donde sea necesario para ponerte al abrigo de las murmuraciones. Valor, Esperanza mía! y yo te prometo que saldremos con bien de este conflicto.

Después de dichas estas palabras la acarició y salió por el balcon, cuando la mañana estaba alboreando.

Esperanza ya no pudo dormir en las dos horas

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

que le quedaban, mientras se llegaba lá del desayuno, pero se presentó en el comedor animosa y casi altanera, lo cual no pudo menos que llamar la atención de doña Ana y de don Ramon que se quedaron viéndola con extrañeza. Hasta las huellas del cansancio y de la vigilia que tanto se le acentuaban en los días anteriores, parecían haber desaparecido de su semblante. Ahora estaba otra vez animada y sonriente.

Don Ramon se retiró pronto, porque según dijo, estaba arreglando de la mejor manera posible sus negocios para estar dispuesto á emprender el viaje tan luego como se lo ordenaran. Doña Ana se quedó sola con Esperanza y ésta no queriendo que fuera á extinguirse el valor muy grande que sentía por el momento, invitó á la primera á pasar á su habitación para hacerle una confidencia importante.

Llegados á la alcoba de Esperanza, esta cerró por dentro, se echó á las plantas de su madre y le confesó su falta de un modo tan claro que no podía dejar lugar á dudas.

A medida que la jóven adelantaba en su relación, la señora iba perdiendo el color hasta caer casi desfallecida en un sillón que se encontraba cerca del lecho.

—¡Desgraciada! exclamó sin poder volver de su asombro, ¿no sabes que tu padre te matará luego que lo sepa y que se matará él mismo para no sobrevivir á su deshonra?

—Yo sola, yo sola quiero morir, yo, que soy la culpable.

Después de los mas duros reproches que salieron por la boca de Doña Ana, se abrieron un lugar am-



—¿Morir tú, alma mía, y por mí? ¡Nunca!

plísimo los sentimientos compasivos de su corazón, abrazó á Esperanza llorando y le dijo entre sollozos:

--Ahora lo que se necesita es pensar en salvarte y salvarnos. El medio mejor es que salgamos para Europa mañana mismo.

--¡Por Dios, madre mía! Vamos pensando antes lo que hemos de hacer para no darle semejante golpe á mi padre. No te pido mas que ocho dias para reflexionar. Si durante estos no se nos ocurre nada, te ofrezco inmolarme.

A los ocho dias ya Don Ramon habia recibido una carta del Presidente, en que le decia que quedaba exceptuado de la expulsion que se habia decretado para todos los españoles y con el fin de que no se notara, le aconsejaba saliera á pasar dos ó tres meses en alguna de sus haciendas.

Don Ramon protestó al principio, pero luego convino en que era mejor para sus intereses no salir del pais y consintió en quedarse.

Doña Ana consideró que era el momento oportuno de confesar lealmente la situacion á su marido, y tuvo con él una conferencia á solas. Ya se comprenderá el espanto que tal revelacion le produciria.

--Ya ves, le dijo, hasta donde puede conducir la obstinación en contrariar los sentimientos naturales de los jóvenes.....

Don Ramon no la oyó ni la dejó concluir. Ciego de ira cogió una arma para ir á matar á Esperanza. La buscó por todas partes, y no pudo encontrarla. Doña Ana habia tenido buen cuidado de mandar á

su hija á la casa de una amiga suya mientras pasaba la tempestad.

Tres días despues se veia un coche de camino á la puerta de la casa de Don Ramon. Al subir Esperanza cubierta con un velo, dejó caer al descuido un papel que se apresuró á recoger un cargador. Este cargador era Ricardo disfrazado.

CAPITULO XV.

LA GALLERA PRESIDENCIAL.

Así como el primer caso de *ley fuga* que tuvimos en el país, fué el que ordenaron el Presidente Bustamante y su Ministro Facio, aplicándose á los prisioneros Colin y coronel Reyes Veramendi, que fueron matados por sus guardias, so pretexto de querer fugarse, así el primer Cincinato que tuvimos, fué el general Santa Anna, que, despues de cada revolución se retiraba á Manga de Clavo, para continuar desde allí manejando las intrigas, para las cuales, ademas de tener habilidad propia, le fueron muy propicias las circunstancias de la época.

El general hacendado estableció en la finca todo el *confort* que era necesario para la residencia habitual de un gran Señor, de modo que no le faltaba ni la sociedad de ambos sexos, ni una bodega bien surtida, ni un buen cocinero, ni las mejores viandas que podian proporcionarle el país y el extranjero. A mayor abundamiento habia mandado construir fuera del palacio y en lugar que pudiera considerarse neutral para los fo-